

Bendito era tu nombre ¡oh primavera!
como si en él mi sangre apasionada
respirase una virgen cabellera.

(La noche era una alcoba perfumada
y ardía el verso fúlgido en mi mente
como una insomne lámpara sagrada)

Las últimas violetas, largamente,
fatigaban de aromas el arcano
zafiro del nostálgico relente.

12

Vendo ataúdes de colores...
¿Quién me compra uno?
Los hay tez-rósea, como estuches.

—¿Quisiera aquél color sin nombre,
Negro lo quiero... (y hondo), negro, negro
¡para que duerma... el dolor mío!

Formaban velas... sobre las ondas grises...
de aquellos barquichuelos...
sonando soles, puentes...
las gotas de la lluvia
de las corrientes. Y tras
los números... ¡yo iba
a he de ver jamás!

Rafael Vásquez

(Romanza del signo irrevocable)

69

¡Clara sombra! tú siempre, siempre tú. (Cómo llenas
mi silencio de acordes... mi crepúsculo de oro...)
Tú en mis fiestas de luto, en donde abre el tesoro
de la noche —a mi espíritu— sus mil y una azucenas.

¿Qué destino ató un día tu presencia a mis penas?
Si, al color del recuerdo, su fragancia incorporo,
todo y nada a tu imagen me ata aún (pues te añoro)
con qué dulces cadenas... con qué dulces cadenas.

Tú, no más, cuando el viento, sin rumor ni desgaires,
mueve, allá, la flor vágula de lo azul; cuando nombra
quién, acá, tu alta sombra toda luz... tus donaires.

¡Y, en la paz de mis ruinas que tu ser ya no escombra
—como un trémulo sol suspendido en los aires—
doras tú mi crepúsculo... tú, no más... clara sombra!

49

Compréndeme... ¡Te amo! ¡Cómo este senti-
do me ha dado a mis palabras rostro de sufrimiento!
¿Versos de amor te escribo, a esta hora? F
Para ti son, pues, estas rimas de otoño... y
profundas como todo lo que es del corazón.
como este interno cielo que espeja un mar,
de imágenes que nadie quiso nunca sondar.

Viérte, Alicia, en mi copa
vino de octubre. Viértelo.
¡Ah, sentir a la orilla
del tiempo (en tu regazo)
—¡los dos!—
la muerte!

P R E S E N T A C I O N :

Por Ismael Enrique Mejía

Rafael Vásquez es de fisonomía parecida a la de Dante. Fisonomía como tallada en guayacán. Esta sería la madera que eligiera si se tratara de construir su cara.

Como la corteza de una nuez pulimentada, dura es exteriormente su presencia. Sapiente y enjundiosa por dentro. Con la fealdad del genio, imperceptible y moderada, esconde, sin quererlo, el secreto de su magnificencia y coraje.

Rafael Vásquez es el príncipe de los sonetos sempiternos. Ni melancólico en el dolor, ni esotérico en el amor, impávido: altruísta, radiante.

Tiene la particularidad de rehuir al empleo de adjetivos para ayudarse en los elogios, o para hallar calificativos.

El menciona hechos, advierte fulguraciones, desparpama colores, perfumes, virtudes, momentos estelares.

Posee una alta dosis de sobreestimación fundamentada, que lo hace levantarse de hombros y volver la espalda a la injusticia distributiva, a los cotidianos honores que reciben otros, hasta indignos de poner en sus pies sus viejas y derruidas sandalias.

Esta es su más meritoria altivez, la "torre de sus homenajes". Qué le importan la soledad y el olvido que lo rodean, el vacío que le circunda, el vacío en que duerme y en las noches se hunde como cualquier constelación ante.

En la superpotencialidad de sus versos se adivina el distanciamiento insondable de su fisonomía física y la de su personalidad que esculpe, repele, o enjambra preciosidades y sacras estampas.

Artífice y creador, genio y talento de vigoroso y excelso vate.

Fiel a su compromiso, el muy leal y muy señor don Rafael Vásquez vive en su mundo de poesía, con el lujo de su pobreza sin mancha. Ni pide ni espera condecoraciones, honores, estímulos ni privilegios. No hay nada que pueda recompensar su cariño. Postrado ante el altar de sus cristianas prácticas, a él le podríamos repetir la oración que compusieron los hermanos Alvarez Quintero, para que la sepa y le acompañe y pueda advertir también que en esa santa oración está la copia de su propia causa. Dicen los hermanos Alvarez Quintero a la Virgen de los Dolores:

“Madre del mayor dolor!
De seguro que esta espada
la hundió en tu carne el amor.

“De seguro que te hiere
porque, como yo, te ves
amando a quien no te quiere!”

Mater dolorosa es para él la poesía. Pero sin embargo, le rinde culto con fervor, con amor, mientras pueda tener un ápice de luz intelectual y un acento en la garganta.

Amar sin ser amado es amar desde la cumbre de un calvario.

Pero el amor nos perfecciona y dignifica, porque es una manera continua de servir a Dios, en espíritu y en verdad, sin esperar un óbolo en pago de nuestras espontáneas y pulcras alabanzas.

CANTO DE LA PRIMAVERA

Bendito era tu nombre ¡oh primavera!
como si en él mi sangre apasionada
respirase una virgen cabellera.

(La noche era una alcoba perfumada
y ardía el verso fúlgido en mi mente
como una insomne lámpara sagrada).

Las últimas violetas, largamente,
fatigaban de aromas el arcano
zafiro del nostálgico relente.

¡¡Nunca mi ser estuvo más ufano
de la belleza múltiple y esquiva
como en aquel entonces tan lejano!

¡Jamás mi sed de ensueños fue más viva,
ni undívaga inquietud tan numerosa
dejó mi alma del arte más cautiva!

Solía yo esculpir, en melodiosa
rima, la imagen óptima de aquella
visión no menos cándida que hermosa:

Se había malogrado una flor bella
que sigue —entre mi espíritu— irradiando
remota y casi azul como una estrella.

¡Veinte años! Y los jóvenes portando
su diáfano cadáver, en la augusta
mañana primordial, iban cantando.

Mas no era su cantar el aria adusta
lamentando una infausta, adversa suerte,
sino una fácil cántiga robusta.

¡Veinte años! Y otra vez, bajo la inerte
turquesa de aquel cielo, entre guirnaldas
fulgó el rostro gentil contra la muerte.

La plenitud bucólica en las gualdas
espigas ondulaba, y relucían
las hojas como limpias esmeraldas.

“¡Morir tempranamente!”: parecían
repetir, con su cántico, las aves
cuyos trinos el ámbito envolvían.

¡Primavera y la muerte! Hermanas suaves
que, en torno de las fuentes de Juvencio,
tejen danzas alígeras e ingraues.

Mayo reía al sol. (Aún evidencio
cómo tras de los rústicos quedaba
festionado de ritmos el silencio).

Después, ante la noche que empezaba,
volvió el grupo viril, como si fuera
todo el verano fuerte que tornaba
de enterrar a la dulce primavera.

CREPUSCULO

(Romanza en séptimas de preludeio)

1ª

Yo estaba triste un día viendo caer la lluvia.
(¿La niña de ojos verdes?: mi juventud, no más).
Era el amor, entonces, como un compás de espera.
Pasaron muchos años. ¡Y no se abrió el compás!

En el reloj del péndulo
midió su fuga al júbilo:
tic-tac, tic-tac.

2ª

Crepúsculo de invierno... Caía aún la lluvia.
Mas, en la muda estancia, sentí yo por detrás
del hombro, cómo un alma, llegando de puntillas,
dijo a mi oído, apenas: “¡Hijo, qué triste estás!”

Fue el péndulo, fue el péndulo
de mi dolor su espíritu:
tic-tac, tic-tac.

3ª

Soñar desde aquí mismo (y el arpa de la lluvia dejaba oír a un yunque lejano su *tis-tas*).
¡Ah, mi ciudad de viento, mi Santa Fe de un día donde mi polvo al polvo devolveré... además!

Decía ahora el péndulo
—sin prisa— su monólogo:
tic-tac, tic-tac.

4ª

Formaban velas... velas las gotas de la lluvia sobre las ondas grises de las corrientes. Y tras de aquellos barquichuelos efímeros... ¡yo iba soñando soles, puertos que no he de ver jamás!

Marcaba el tiempo el péndulo
dentro la oscura cámara:
tic-tac, tic-tac.

5ª

Rejas de llanto, aquellas varillas de la lluvia guardaban mi alma enferma, como una cárcel más. Pero —a través del sueño— velámenes de plata veía... y tantas cosas que no tendré, quizás.

¡Cómo, en el pecho, el péndulo
del corazón batíame:
tic-tac, tic-tac.

6ª

Yo estaba triste un día viendo caer la lluvia.
Pasaron muchos años... pasaron muchos más.
Y el ánima pregunta (sin que responda nadie):
dí, numen de ojos verdes, ¿en dónde, en dónde estás?

Sólo responde el péndulo
de aquel reloj, más lúgubre:
tic-tac, tic-tac.

Por claro, tú adorabas el sol, bajo la lluvia.
 Pero hoy, negra de pena, como la noche, irás.
 ¿Qué pasa en tí, qué pasa, sonámbula alma mía?
 ¡No sabes ya qué quieres, ni para dónde vas!

Y, en su ataúd, el péndulo
 marcó su ritmo último:
tic-tac, tic-tac.

EVOCACION

(Romanza en dísticos alternos)

Rosas... rosas de ébano... rosas azules... —cosas
 no vistas pero bellas— ¡Fueron tus mismas rosas!

Fueron tus mismas rosas
 azules... rosas de ébano.

Rostros de lirio lánguido. Rostros de ¿quién o quiénes?
 Si unos eran tus males, otros eran tus bienes.

Como fueron tus males,
 como fueron tus bienes.

Manos de orquidea. Prímulas de terciopelo. (Humanos
 pétalos!) ¿Qué recuerdo como el de aquellas manos?

Ningún recuerdo —nunca—
 como el de aquellas manos.

¿Eran nardos abiertos o entreabiertos? ¿Manojos
 de luz? ¡Manos tan hondas como son ciertos ojos

Como son ciertas aguas...
 como son ciertos ojos...

Pero tú amando formas... vagas formas... olores...
 jamás tuviste ilícito comercio con las flores.

Jamás comercio alguno
 tuviste con las flores.

Lises... lises de oro... lises verdes... o grises
 —como sólo tú has visto—. ¡Fueron tus mismos lises!

Fueron tus mismos lises:
 lises verdes... o grises.

Tu estirpe amó las cosas más diáfanas e insumes.
(También, por elegancia, tú amaste los perfumes...
Por elegancia atávica
quisiste los perfumes).

Fresias de ocio... lotos de ocio y sueño... (¡Cuántas
amables cosas, cuántas, cuántas más tú no cantas!)
Felpa de ocio. ¡Cuántas
cosas bellas tú cantas!

Como un fino instrumento de percepción, ¡qué aromas
no capta tu crepúsculo... tumbas, cuerpos, redomas!
¡Si en el olor de recuerdos
tu crepúsculo aromas!

Tu tarde —esquife, al paio, de trémulos fulgores—
va naufragando así, como en un mar de flores...
¡Tu tarde naufragando
como en un mar de flores!

COMENZO LA BRUMA

(Romanza efímera en décimo cuarto ritmo)

1º

Para ti escribo estos versos de otoño, ahora
que su belleza el árbol —al deshojarse— llora.
¿Comprendes? Como el pétalo moribundo al caer
también amarillean hoy mis cantos de ayer.
¡Qué temblor da el sabernos parecer, y este amor
sin color de esperanza... qué temblor, qué temblor!
No está bien, sin embargo, de esta suerte pensar.
(¡Si pudiéramos ambos olvidar... olvidar!)

Viérte, Alicia, en mi copa
vino de octubre. Viértelo.
Sentados a la orilla
del tiempo, ¿no esperamos
—¡solos!—
la *muerte*?

Di: ¿Sientes el encanto de la estación que pasa?
 ¡Cómo el fuego, ese fuego de su sol aún abrasa!
 Pero no es en las cosas, no, no... fue en nuestro ser
 en donde hace ya tanto comenzó a oscurecer...
 No envejeces. Tú mueres. Yo también. Y es porque
 va con ambos la angustia de un tenaz *no sé qué*.
 Cuando ha cegado el agua de su fuente el vivir
 no queda más remedio que morir... que morir.

Viérte, Alicia, en mi copa
 vino de octubre. Viértelo.
 ¡Cuánto ha que a la orilla
 del tiempo contemplamos
 —¡los dos!—
 la *muerte!*

Sin haberte en la tierra, dulce bien, poseído,
 no sé cómo te he hallado y, a la vez, te he perdido.
 Como estas fresias húmedas que deshojo a tus pies
 son los sueños que amamos y olvidamos después.
 Tus perfumes... tus lámparas... cuanto fue y eras tú,
 (todo aquello que no hemos de ver más yo ni tú)...
 Frente a la tarde, al término de su amarillo adiós,
 ¡cuántas cosas pudiéramos conversar hoy los dos!

Viérte, Alicia, en mi copa
 vino de octubre. Viértelo.
 ¡Qué importa si, a la orilla
 del tiempo, así, esperamos
 —¡los dos!—
 la *muerte!*

Tu ser —todo recuerdo— se ha tornado tan hondo
 que, si en él sumergiérame, no encontrara allí fondo.
 ¡Siéntome largamente tuyo... como yo a ti
 mía!... (No siempre todo, todo siempre fue así).
 Piensa cuánto tenemos que perder. Más que tú
 yo. Pero, entre la noche, mi lucero eres tú.
 ¡Cómo me dueles, íntima llaga querida! Estoy
 triste. Desconsoladamente triste estoy hoy.

Viérte, Alicia, en mi copa
vino de octubre. Viértelo.
Vén conmigo. A la orilla
del tiempo, esperaremos
—¡los dos!—
la *muerte!*

5º

¡Cuánta melancolía en la tarde serena
junto a ti da esta pena, junto a ti da esta pena!
¿No serán estas fresias que deshojo a tus pies
sueños, sueños amados y olvidados después?
Para estas plateadas sienas que sufren, ya
más corona de rosas que tus brazos no habrá.
Si es de amor ese círculo que ellos luego me den
¿qué más da si es de espinas en mi frente, también?

Viérte, Alicia, en mi copa
vino de octubre. Viértelo.
¿Violetas a la orilla
del tiempo? ¡Coronemos
—¡los dos!—
la *muerte!*

6º

Compréndeme... ¡Te amo! ¡Cómo este sentimiento
le ha dado a mis palabras rostro de sufrimiento!
¿Versos de amor te escribo, a esta hora? Es decir:
sí, son versos que antaño yo no supe escribir.
Para ti son, pues, estas rimas de otoño... y son
profundas como todo lo que es del corazón,
como este interno cielo que espeja un mar, un mar,
de imágenes que nadie quiso nunca sondar...

Viérte, Alicia, en mi copa
vino de octubre. Viértelo.
¡Ah, sentir a la orilla
del tiempo (en tu regazo)
—¡los dos!—
la *muerte!*

7º

Sí, después que te dije que te amaba, al oído,

sólo sé que te he hallado y, a la vez, te he perdido.
No hay lugar —por lejano que parezca—, confin
en que errar no soñara de tu brazo mi esplin.
No es con mis manos lúgubres que acaricié tu ser:
lenta, muy lentamente con el alma ha de ser.
¡Bello cielo nocturno: piénsa cómo este amor
pudo ser —algún día— nuestro hijo mayor!

Viérte, Alicia, en mi copa
vino de octubre. Viértelo.

Miremos en la orilla

del tiempo, reflejarse

—¡los dos!—

la muerte!

8º

Con las postreras flores, y ante el balcón abierto
de los años, digamos quedo: "¡El otoño ha muerto!"
Perfecta eres al borde de tu destino... y yo
siento cómo eres algo que pasó... que pasó...
Soy un reflejo en vísperas de ocultarse. ¿Por qué
siendo así, tú en mí eres otra angustia, por qué?
¡Como a un arpa (y antes de su disolución)
le arrancará a tu alma mi alma el último son!

Viérte, Alicia, en mi copa

vino de octubre. Viértelo.

¡Bella hora! A la orilla

del tiempo, así, esperemos

—¡los dos!—

la muerte!

9º

No es el bosque sin pájaros ni el azul con nublados:
son nuestros corazones, los que están desolados.
Con qué acento infinito, con qué acento hoy los dos
vamos dándole a todo nuestro adiós, nuestro adiós.
Sé suave y perfumada conmigo... ¡Así ha de ser
quien siendo como un ángel, además, es mujer.
¡Entre un noble recuerdo y una congoja más,
como el mío, otro canto ¡nunca a oír volverás!

Viérte, Alicia, en mi copa

vino de octubre. Viértelo.

Tranquilo, a la orilla

del tiempo, contemplemos

—¡los dos!

la muerte!

10º

Tú dirás —añorando mi canción—: “¡Qué lamento!”
Diré yo —al escucharte comentarla—: “¡Fue el viento!”
Pero no era ni el viento ni un lamento... Era yo
que soñaba en voz alta... (¡Nadie fue más que yo!)
¡Cuánto ha anhelado mi cabeza, al nevar,
refugiarse en tu pecho... y olvidar... olvidar!
Tóma en brazos mi espíritu. ¿Lo ves bien a la luz?
Creo que allí ha dejado ciertas huellas la cruz...

Viérte, Alicia, en mi copa

vino de octubre. Viértelo

Soy yo quien, a la orilla

del tiempo, ahora espera

—¡solo!

la muerte!

SOBRE LA NAVE MUERTA

(Romanza mística del misterio)

Verde claro de luna. ¿De quién es esa imagen
que el Misterio en sus ondas baña en fría mudez?
¡Es mi propia, es mi propia juventud áboluta
la que está junto al mástil hoy por última vez!

(Sabor de lágrimas
el de esas sílabas:
¡última vez!)

Siento ahora cómo es de terrible la muerte.
¡Y estar muerto, estar muerto! Lo terrible es no más
ese horror en que la mente de los vivos despierta
ver estático a un ser para siempre jamás.

(¡Jamás! Y el todo
no es más que eso:
No más. No más...)

¡Y estar solo, estar solo! como niño en la noche.

Mas un viento de espacios vuelve al ánima en sí,
y un rumor de fulgores abejea en mi angustia...

¡Si el silencio celeste cae encima de mí!

(Oye: ¿no sientes
cómo el silencio
cae así... así?)

¡Qué destino cruento nos persigue sin tregua!
Y el temblor de mi vida fue el temblor de mi fe.

Pobre alma: es la luz al revés de la sombra.

¡Cuántas cosas tremendas que tú sabes, ya sé!

(Pero, no obstante,
tu pena ignoras.
¿Sabes por qué?)

¡Corazón mío, humano, forma de otras nacida,
que el vaivén de mi sangre maduró en el afán:

todavía, si puedes —en tu círculo negro—

fúlge, flor solitaria que batió el huracán!

(Roja amargura,
ráfaga roja
batió tu afán).

¿Cómo, cuándo o en dónde esa hora que suena
tiene son de crepúsculo? *din, dan, din, dan, din, don.*

Estertor de campanas entre ruinas, y bruma

de oro en sepia quemado... ¡Ah, qué lúgubre són!

(Fúnebre onda
de un ritmo fúnebre:
din, dan, din, don).

¿Qué hora es ésa? En el cielo las estrellas sonríen
con un eco profundo que no puedes nombrar,

y otras veces, hermana, dulce hermana, otras veces
yo me asomo a tus ojos para verlas llorar.

(Para eso apenas,
mi dulce hermana,
verlas llorar!...)

Gris de acero marchito. Y este viento, este viento
de otro mundo ¿Cómo era la canción del bulbul?

No recuerdo el perfil de aquel canto. Estoy solo
como niño en la noche. Nada... ensueños, azul!

(¿Cómo era antaño,
cómo era aquella
canción, bulbul?)

¿No cantar? ¿No poder sonreír? ¿Ni siquiera
respirar el perfume del instante veloz?

¡Oh, qué olor a recuerdos, qué sabor de ceniza
dejó al paso del tiempo cada cosa en mi voz!

(Fuga del tiempo.

Color del tiempo.

Pausa veloz).

Mudo ya, como todo lo que amó, va en la onda
sin sonido un fantasma. ¿Quién será el timonel?
Verde claro de luna... En las aguas de bronce,
del silencio, allá lejos, vese al paio un bajel.

(Roto está el mástil

y, al pie del mástil,

¡el timonel!)

A LOS PIES DEL INSTANTE

Van cayendo las flores, van cayendo
las hojas y las flores. ¡Qué amargura!
¡Quién sabe de qué abismos con dulzura
va el pasado —son lánguido— surgiendo!...

Mas no quiero acordarme de la oscura
voz del bajo —crepúsculo tremendo—
ni de cómo el jardín se está pudriendo,
ni de tanta otra amable cosa impura.

Mal de otoño... Temor mudo. Desierta
ventana. Azul sin límites ni adorno.
Pero aún en mi angustia están alerta:

¡Si en el eco olvidado ya, el contorno
de otro canto, en el verde sin retorno
de mi sueño, tu sombra de hoja muerta!

EL ENIGMA DORADO

¿Sé yo cómo esta angustia que respiro
tristezas hoy tan múltiples resume?

¡Será porque en la tarde ella presume
la muerte del color, sin un suspiro!

Mientras —a fuego lento— se consume
por sus bordes la luz como un papiro,
se mece, en un columpio de zafiro,
la noche entre la flor y su perfume.

Pero, sobre el crepúsculo que inunda
la estancia, allí, su imagen errabunda
surge a través del último reflejo...

¡Y pasa (al sol que apenas la circunda)
como un fantasma visto en el espejo
de no sé qué agua inmóvil y profunda!

VIOLETAS EN LA SOMBRA

Si no la gracia fiel de aquellos gestos
o (en mi recuerdo aún) su voz de seda,
¿qué queda de ella ahora? ¡Nada queda,
nada pudo quedar... sino sus restos!

Pero siempre en aquéllos como en éstos
no sé qué azul nostálgico se hospeda:
mi juventud, mi infancia, lo que rueda
sin rumbo y al azar. Mis soles puestos.

Vuélvola a ver hoy lejos de los vivos
como a la niña de ojos pensativos
que, a través del pasado, reverencio,

deshojando las mismas margaritas
de su primer amor, mas ya sin cuitas,
¡en las praderas verdes del silencio!

IMPRONTUS

Fantasma del crepúsculo en la rosa
que alguno amortajó sobre la arena.
(Tal un dulce cadáver, ahora llena
su perfume el lugar en que reposa).

La luna —mustio sol— cómo es de buena,
pero al fulgir, así, cómo es de hermosa.

Tiene el silencio azul no sé qué cosa,
mas la noche también no sé que pena.

¡Magnolia de tu carne! Ritmo, sueño
son ya el alterno pulso de la vida.
Grandeza en lo fugaz de lo pequeño

para sentir los dos, de cierto modo,
labio a labio —al sabor de su medida—
¡todo... todo... absolutamente todo!

PREGON DEL VENDEDOR DE ESTUCHES

1

Vendo ataúdes de colores...

¡A ver!

¿Quién me compra uno?

Los hay turqueza, como estuches.

¡A ver!

¿Cuál es el tuyo?

—Quiero yo aquel color de niebla
vágula, el de matiz fúnebre orlado.

Suave lo quiero... (y hondo), suave, suave

¡para que en él duerma el pasado!

2

Vendo ataúdes de colores...

¡A ver!

¿Quién me compra uno?

Los hay mar-y-oro, como estuches.

¡A ver!

¿Cuál es el tuyo?

—Quisiera aquél color de olvido
imposible, y la causa es obvia, obvia.

Claro lo quiero.. (y hondo), claro, claro

¡para que duerma en él mi novia!

3

Vendo ataúdes de colores...

¡A ver!

¿Quién me compra uno?

Los hay purpúreos, como estuches.

¡A ver!

¿Cuál es el tuyo?

—Quiero el de tono aquél caído,
sin contorno, el de perla misteriosa...
Vago lo quiero... (y hondo); vago, vago
¡para que en él duerma una rosa!

4

Vendo ataúdes de colores...

¡A ver!

¿Quién me compra uno?

Los hay gris-tierra, como estuches.

¡A ver!

¿Cuál es el tuyo?

—Quisiera aquél color de viento
sin rumbo... así tu ser sin rumbo fijo.
Móvil lo quiero... (y hondo), móvil, móvil
¡para que duerma en él mi hijo!

5

Vendo ataúdes de colores...

¡A ver!

¿Quién me compra uno?

Los hay de jaspe, como estuches.

¡A ver!

¿Cuál es el tuyo?

—Quiero yo aquel color de sombra
que pasa, aquél que está a tu lado izquierdo.
Verde lo quiero... (y hondo), verde, verde
¡para que en él duerma un recuerdo!

6

Vendo ataúdes de colores...

¡A ver!

¿Quién me compra uno?

Los hay sol-mate, como estuches.

¡A ver!

¿Cuál es el tuyo?

—Quisiera aquél color de tiempo
lejano, el que a lo íntimo más cuadre.
Blando lo quiero... (y hondo), blando, blando
¡para que duerma en él mi madre!

7

Vendo ataúdes de colores...

¡A ver!

¿Quién me compra uno?

Los hay violeta, como estuches.

¡A ver!

¿Cuál es el tuyo?

—Quiero yo aquél color de viaje
sin retorno, el de lis que se consume.
Triste lo quiero... (y hondo), triste, triste
¡para que en él duerma un perfume!

8

Vendo ataúdes de colores...

¡A ver!

¿Quién me compra uno?

Los hay luz-malva, como estuches.

¡A ver!

¿Cuál es el tuyo?

—Quisiera aquél color de sueño
marchito... ése color de flor ya seca.
Lindo lo quiero... (y hondo), lindo, lindo
¡para que duerma... mi muñeca!

9

Vendo ataúdes de colores...

¡A ver!

¿Quién me compra uno?

Los hay dorados, como estuches.

¡A ver!

¿Cuál es el tuyo?

—Quiero el de hálito a heliotropo
raro... (voz de arpa azul que ojalá pulses).
Hueco ha de ser —como un zapato— hueco
¡para que en él duerman mis dulces!

10

Vendo ataúdes de colores...

¡A ver!

¿Quién me compra uno?

Los hay pez-plata, como estuches.

¡A ver!
¿Cuál es el tuyo?
—Quisiera aquél color de nunca
más. En su iris vi todas las flores.
Bello ataúd... (lo quiero inútil), bello
¡para que duerman mis colores!

11

Vendo ataúdes de colores...
¡A ver!
¿Quién me compra uno?
Los hay jacínteos, como estuches.
¡A ver!
¿Cuál es el tuyo?
—Quiero yo aquél color de fiesta
floral. ¿Mejor cuál otro, pobre amigo?
Fácil lo quiero... (y hondo), fácil, fácil
¡para que duerma mi enemigo!

12

Vendo ataúdes de colores...
¡A ver!
¿Quién me compra uno?
Los hay tez-rósea, como estuches.
¡A ver!
¿Cuál es el tuyo?
—Quisiera aquél color sin nombre,
sin fecha... ése, más bien, de olor sombrío.
Negro lo quiero... (y hondo), negro, negro
¡para que duerma... el dolor mío!

VIRGEN DE NIEBLA

Si era bella, no sé. Tal vez hermosa
lo fuera en su silencio inaccesible,
o en su paz de jardín sólo visible,
ya desde una distancia muy borrosa.

¿Fue apenas un recuerdo —eco audible
con el ánima apenas— o fue rosa,
o un vago azul de cosa sin ser cosa
pero, eso sí, cargado de imposible?

Blándula luz... Perfume de mi mente,
lo sería en su forma impermanente.

Si fue nota sin voz o verde estrella,
no lo sé, y esta pena es justamente
no poder decir hoy cómo era ella.

FLOR Y ESTRELLA

Con estos mismos ojos con que lloro
su perdida belleza, el alma mía
vio esa mano por vez primera un día.
¿Cuándo, cómo o en dónde? Yo lo ignoro.

Su gracia gentilísima en que ardía
la raíz del azul es cuanto añoro,
toda vez que a mi sueño aquel tesoro
de signos —¡cara forma!— bastaría.

Pertenece a la sombra hoy ese arcano
de líneas elocuentes. Y aún destella
su perfume a través de lo lejano...

Flor de cinco sentidos. ¡Ya es aquella
maravilla, aquel lirio sobrehumano
con pétalos de luz: plegada estrella!

LA LABOR DEL MINUTO

Este viento de octubre, y ese acento
que vienen del confín de cada cosa,
te dirían mejor que cualquier prosa
cómo en ti fue operándose el portento.

Quien te dijo en elogio, hace un momento:
—¡no está el otoño en ti sino en la rosa!—
mintió por obra y gracia misteriosa
de ese acento de angustia, y este viento.

La noche entre tu sangre está presente,
como tanta otra y tanta cosa ausente

que tu noble silencio apenas nombra.
¿Ves? Lentamente azul, muy lentamente
se va agravando el agua transparente
de tu voz, ya invadida por la sombra.

TU, SIEMPRE TU

(Romanza del signo irrevocable)

¡Clara sombra! tú siempre, siempre tú. (Cómo llenas
mi silencio de acordes... mi crepúsculo de oro...)
Tú en mis fiestas de luto, en donde abre el tesoro
de la noche —a mí espíritu— sus mil y una azucenas.

¿Qué destino ató un día tu presencia a mis penas?
Si, al color del recuerdo, su fragancia incorporo,
todo y nada a tu imagen me ata aún (pues te añoro)
con qué dulces cadenas... con qué dulces cadenas...

Tú, no más, cuando el viento, sin rumor ni desgaires,
mueve, allá, la flor vágula de lo azul; cuando nombra
quién, acá, tu alta sombra toda luz... tus donaires.

¡Y, en la paz de mis ruinas que tu ser ya no escombra
—como un trémulo sol suspendido en los aires—
doras tú mi crepúsculo... tú, no más... clara sombra!